

NAVIDAD

Es un día grande para la Iglesia y para todo el mundo: El Mesías esperado, aquel que anhela el corazón de todo hombre, ha venido al mundo. Una Virgen lo ha dado a luz en la humildad de un pesebre.

Jesús viene a la familia de los hombres para que los hombres podamos entrar en la familia de Dios. Al celebrar el nacimiento del Hijo según la carne, pregustamos ya, por la fe en Cristo, nuestro nacimiento a la vida de Dios.

Por más que meditemos este misterio no dejaremos de asombrarnos. En un niño pequeño, sensible al frío y al dolor, acompañado por María y José, habita la plenitud de Dios. El motivo de su venida es salvar a los hombres.

Dios creó el mundo. La creación después quedó herida por el pecado. Entonces el Hijo viene al mundo para restaurar lo que estaba herido. Viene a sanar la creación y, especialmente, al hombre, que por culpa del pecado habían perdido su belleza originaria. Y cambia el sentido de todas las cosas. La historia de cada hombre, de cada familia y de cada pueblo cobra una nueva dimensión. Escribió Juan Pablo II en su encíclica *Redemptoris Mater* (I): «Por la entrada del Eterno en el tiempo, el tiempo mismo queda redimido y se convierte en historia de la salvación». De ahí las palabras del profeta: “el pueblo que caminaba en las tinieblas, ha visto una gran luz”. El pueblo que caminaba en tinieblas es la humanidad caída, los millones de hombres y mujeres tristes o enfadados porque las cosas les salen mal y no encuentran un sentido a sus vidas; las personas que viven postradas por la enfermedad y todos los que se escandalizan ante el mal y se sienten impotentes; los que son víctimas de la opresión y los que no saben qué hacer por restablecer la justicia; los que mueren terriblemente o sin sentido; todo hombre, en definitiva, que experimenta en su interior el drama del mal, del pecado y de la muerte. Pues bien, ese pueblo que avanza en tinieblas, ve ahora una luz, una esperanza. Luz que no es un espejismo ni un resplandor lejano, sino Dios mismo, el Emmanuel, Dios-con-nosotros, que viene a visitarnos, a renovarnos, a sanarnos, a devolvernos la esperanza.

La alegría de ese hecho es contagiosa. La cantan los ángeles en el cielo, la reciben los pastores que pasaban la noche al raso, se extiende a todo el mundo. En nuestra cultura todavía se conservan rastros de esa alegría en los festejos, y en los deseos de paz que embargan a todos, creyentes y no creyentes.

Pero, lo que para muchos es sólo expresión de un deseo, para nosotros es confesión de un hecho real: «Hoy, en la ciudad de David, os ha nacido un Salvador: el Mesías, el Señor».

Pedimos a la Madre de Dios y a San José que esta verdad no quede ahogada por nada, y que nuestra alegría se alimente de esta nueva esperanza que nos da el Misterio de Belén, que no nos puede dar nadie más.